

CUENTO N° 161

TÍTULO: EL MONO

SEUDÓNIMO: CANDOMBE

AUTOR: MANUEL VILLAGRÁN TAPIA

En mi última visita a La Serena, mi siempre venerada ciudad natal, por casualidad encontré en el centro comercial, a un ex condiscípulo liceano, viejo amigo muy querido, quien solía invitarme a un café a la carrera, antes de entrar a las clases del segundo período. (Después del mediodía).

Por la calidad de su sobrenombre, no se imaginen ustedes que él era el pobrecito feúcho de la clase, porque no es así. Verdaderamente mi amigo era un excelente ejemplar de homo-studiant en nuestra época, aunque nunca se me ocurrió preguntar por qué razón lo apodábamos con tal adefesio. En fin, él solo me hace recordar un poco apesadumbrado, una breve historia amorosa triangular donde estuvimos insertos. Historia que afortunadamente hasta hoy, solo ha sido un simpático secreto de dos.

Aprovechando las conocidas facilidades de redacción literaria de mis buenos tiempos, este buen amigo Mono, me pidió por favor que le diera un buster. Que escribiera una carta de amor firmada bajo sus tres iniciales en la próxima edición de nuestra Revista Liceana, para poder valorizarse mejor ante Raquelita, su actual noviecita, ya que, por causa de la monotonía mortal de su dormida fase intelectual, semi rudimentaria y siempre verbalizada en modo apócope en sus amores, ella se encontraba peligrosamente alicaída.

Escribir cartas de amor ciertamente no era lo mío, sino la redacción de cuentos cortos y poemas, que aparecían regularmente y con cierto éxito en nuestro periódico local y en la Revista ferroviaria En Viaje, pero, por un buen

amigo como era él, y pensando en otros cafés con gin pendientes para el futuro, siempre puedo hacer algunos esfuerzos suplementarios.

Al aceptar su pedido, me alegré de tener con qué pagarle sus generosos cafés del mediodía, aunque interiormente sabía también, que para mí no sería una tarea demasiado difícil.

Raquelita es una excelente musa, no solo porque luce aquellas atractivas dotes tan notables en la Sofía Loren y las tan hermosas pantorrillas de la Gina Lollobrigida, sino por su sensible cuerda literaria, ya que he encontrado (y coleccionado) algunos sublimes poemas suyos aparecidos en varias revistas juveniles que estaban en boga.

Por la barbilla me corría libremente la baba de solo pensar en un rico beso suyo, pues no puedo negar que me gustaba montones, como a todos nuestros dos o tres juveniles y masculinos cursos liceanos de mi edad.

Después de algún trabajo de alijado y pulido, así como sólidamente sustentado por un buen diccionario, la carta –para mi gusto– quedó magnética y hermosa, y en realidad le fascinó a medio mundo cuando fue publicada, incluyendo entre los fascinados, a nuestro riguroso y severo profesor de castellano, quien, después de descubrir y descifrar las tres iniciales de la firma en la lista de nuestro curso, felicitó pública y calurosamente a mi amigo.

El único que quedó desconcertado por la reacción de Raquelita –su novia de hacía ya catorce meses– fue el propio Mono, que, de su bien amada, sufrió

un abrupto rechazo femenil, durante un poco más de cuatro cruelísimas e inacabables semanas.

Un día de aquellos, mientras sorbíamos a la carrera nuestro tradicional café con gin en nuestro puesto preferido del mercado central, mi dolorido amigo Mono, alicaído y apesadumbrado casi hasta la fractura, me preguntó por enésima vez, cómo se podría explicar aquel extraño comportamiento de Raquelita, y qué consejo podría brindarle para ponerle coto a su actual y fría indiferencia.

No tuve el valor, ni el corazón para explicarle que, aquellas cuatro semanas de tórrido pololeo que le faltaban a su agenda, era yo mismo quien se las había expropiado.

Me explico, por una amorosa casualidad, digna de un increíble encuentro tramados por los dioses Cupido y Saturno, yo y Raquelita habíamos coincidido hasta en los minutos y segundos en nuestra ida a solicitar espacio para la presentación de nuestros trabajos literarios en la Dirección de la Revista Liceana.

Ella, para que le incluyeran un nuevo poema de amor original suyo –que finalmente decidió no incluir en aquella edición– y yo, con mi carta de amor, firmada con las tres iniciales de mi malhadado amigo.

Durante aquella dilatada antesala, donde Raquelita para matar el tiempo me mostró y leyó su excelente trabajo, por razones obvias, yo no me atreví siquiera a mostrarle el mío.

Sin embargo, como la curiosidad de las mujeres suele ser muy grande, luego que terminamos y nos fuimos, ella se regresó a la Dirección y le rogó al editor que, en secreto, le mostrara aquel trabajo que yo me había negado tan rotundamente a mostrarle, total, dentro de cuatro o cinco días ella de todas maneras iba a enterarse.

Su sorpresa fue mayúscula al enterarse que, cuando apareciera la Revista no era el Mono el verdadero redactor de tan linda carta de amor, sino yo.

Sorpresa tan magna como fue la mía, cuando a la tarde siguiente, la Pauli, una agraciada amiguita común, me pidió por teléfono que la acompañara hasta una tienda cercana a la Plaza Santo Domingo, donde debía recibir un gran paquete, y si yo podría ayudarle a traerlo. Mis dotes de caballero y de buen amigo, le aceptaron sin vacilar su petición; y la acompañé al boliche sin sospechar lo más mínimo que aquella fraternal petición suya tendría un desenlace tan agradable como inesperado.

Cuando llegamos a la entrada de la Plaza nos cruzamos con Raquelita, que venía radiante, fragante, peinada y ataviada como una reina.

La saludé sonriente, y antes que yo pudiera sospechar sus intenciones, Raquelita abalanzándose sobre mí, me dio un cariñoso y cálido abrazo de oso, seguido del beso más rico y largo que yo tenga registrado en mi juvenil currículo amoroso.

Para abreviar, ella gozó tanto con mi carta, como yo gocé con su beso, por lo cual, decidimos de encontrarnos en secreto, durante los próximos cuatro o

cinco días, el tiempo necesario que tardaría en publicarse nuestra Revista Liceana.

Raquelita me aseguró salomónicamente, que aquellos cuatro días sin encontrarse con él, sería un tiempo suficientemente largo como para castigar ejemplarmente al Mono por su hipocresía.

Sí... ya sé, finalmente el tiempo resultó ser un poquito más largo que cuatro días, tiempo que se alargó hasta cuatro semanas, pero, de eso, puedo jurar sinceramente, que no sé, de quién fue la culpa.

